

PROYECTO LAS CONCHAS-VERAPAZ

un presente como la monja blanca, un futuro como la ceiba

Era media tarde. Antonio, nuestro doctor, el galeno de oro, había curado en la mañana a una patojita¹ de Las Conchas. Su padre, no sabiendo como agradecerlo buscó en los montes de un verde intenso derramado entre los maizales, el mejor regalo posible; algo pequeño, bellissimo, delicado, tocado todavía por las gotas de la puntual lluvia de cada tarde: la monja blanca, la flor nacional de Guatemala; una orquídea cuyo nombre resonaba en mis oídos desde que desembarqué en la capital y que ahora, este paisano de nuestra comunidad, dejaba en mis manos con una sonrisa amplia y agradecida. Mientras la contemplaba, salieron de mis labios una de las pocas palabras aprendidas en quetchí: vantioch, vantioch,... (gracias, gracias), y el corazón como tantas veces en este verano, se me esponjó, aprendiendo humanidad de la gente sencilla.

Ya en mi nueva comunidad de Adelfas en Madrid, la memoria vuela hasta las tierras guatemaltecas, mientras trato de comunicaros y compartir con vosotros algo de la experiencia de este verano y, la imagen de la orquídea, me viene una y otra vez como una pequeña metáfora de la presencia marianista en la Verapaz y del proyecto de Las Conchas: un puente, un abrazo, entre dos realidades eclesiales a ambas orillas del Atlántico. Quizá muy pequeño, joven, débil, arriesgado,... pero capaz de transformar la realidad de personas y comunidades con nombres y localización concreta, de crear lazos de solidaridad, posibilidades de vida digna y esperanza en que, un futuro distinto es posible. Estas letras quieren abrir una ventana, un balcón que nos permita asomarnos, y mirar con ojos limpios y sin suspicacias hacia la Verapaz. Os invito a percibir el aroma limpio y fresco de esta realidad presente en medio de la selva y los montes, proyecto escondido, pequeño y delicado, necesitado todavía de cuidados, pero lleno de la belleza que despunta en el crecimiento de las personas, en el desarrollo de las comunidades, en la educación de los jóvenes y en el nacimiento de un equipo humano que desde Cobán y las Conchas hace realidad cada día lo que se comenzó a soñar y por lo que se trabaja todavía hoy con esperanza desde España.

No serán mis letras una descripción exhaustiva de la situación del proyecto y de las actividades del Equipo desplazado allá durante este verano. José Antonio Barbudo ha escrito algo en ese sentido que, pienso, publicará también en Diálogos. Comparto con vosotros, a modo de pinceladas, aquello que me ha tocado de un modo especial y que puede ayudar a poner imagen y sonido en la pantalla panorámica del corazón, lo

¹ Así se llama a los niños en Guatemala

que es, en este momento, el Proyecto Las Conchas-Verapaz y lo que puede llegar a ser. Primero Dios.

La educación, el instrumento “básico” para el desarrollo

Las Conchas es una comunidad situada en la Alta Verapaz, a dos horas de carro de Cobán, capital del departamento y sede del obispo de la diócesis. Allí llegue con José Antonio Barbudo y con Rafa Luna un lunes por la mañana de julio en que el comité de padres del Instituto Básico nos esperaba para la bendición de las nuevas obras de ampliación: una tercera aula con sala de usos múltiples, un dormitorio para los chavales, y un laboratorio. Quizá fue una de las intuiciones que me marcaron desde el inicio de la estancia en Las Conchas: la educación, que en nuestro medio es algo universal, al alcance de todos y garantizada por los poderes públicos, en estas tierras no es así. Al máximo, las autoridades municipales garantizan una escolarización primaria para la formación de los niños. Por eso, poner en marcha un “básico”, que así se llama al Instituto de secundaria en Guatemala, supone ofrecer a adolescentes y jóvenes de entre 15 y 18 años, la posibilidad de aprender castellano, adquirir habilidades y conocimientos en áreas fundamentales como matemáticas, lengua o ciencias aplicadas a la realidad agropecuaria de la zona. Nada de esto sería posible sin que el proyecto hubiera puesto en marcha un instituto en Las Conchas, en donde actualmente se educan más de 100 chicos y chicas de 18 comunidades. Desde ellas caminan una, dos, tres horas hasta llegar al instituto donde reciben clases de lunes a miércoles. Unos 15, dado lo distante de sus hogares, se quedan a dormir en Las Conchas durante esos días en un barracón provisional, donde por las tarde hacen sus tareas y echan el rato con compañeros y profesores. Al ver el barracón cedido por uno de los miembros de la comunidad de Las Conchas me dije: la obra del dormitorio es urgente. “No es digno que estos chavales vivan así.”

Porque el programa del Básico es en mi opinión el instrumento más potente de promoción de los jóvenes, de transformación social y de desarrollo de la comunidad. ¡De cuánto es capaz la educación! Todos los esfuerzos, apoyos y sudores puestos en este hermosísimo campo de labor son fecundos. En la escuela conviven chicos y chicas, desarrollando las mismas actividades y relacionándose con normalidad. Esto, en una sociedad como la guatemalteca, y más aún en la cultura indígena, es una auténtica revolución, pues la mujer no habla en público, está reducida al ámbito de la actividad doméstica y apenas sabe castellano. Estas jóvenes mujeres del instituto básico de Las Conchas, que despuntan hasta como jugadoras de fútbol, son semilla de un nuevo futuro para las comunidades.

Cuatro personas dan vida cada día al centro: Carlos, Eric, Ubaldo y Guillermina; profesores del instituto que durante los días de clase residen en nuestra casa: la de la “Comunidad Marianista”. Nuestra casa es el lugar donde vive durante la mitad de la semana Rafa Luna, que es el coordinador de todo el proyecto. La casa es también “hogar del maestro”, lugar de reunión, trabajo de equipo, diálogo y encuentro con catequistas y miembros de las distintas comunidades que se acercan hasta allá para solucionar dificultades, preparar actividades, o simplemente para estar, porque el reloj no cuenta y la cultura es otra. Son ellos los que con una pedagogía basada en la enseñanza a través de la experiencia, están haciendo crecer a estos muchachos, con un modelo educativo enormemente aterrizado a la realidad de la zona. Por eso, las clases de matemáticas, lengua, o mecanografía, se alternan con las de técnica de cultivo en el

huerto, donde están aprendiendo todo lo necesario para obtener cosecha en menor tiempo que sus padres, siendo menos agresivos con el medio y diversificando la producción. Esto es tanto como hablar de desarrollo económico de las comunidades y diversificación de la alimentación muy reducida al maíz y al frijol. Viendo a Don Ubaldo a pie de huerto, enseñando a los chavales a fumigar, a limpiar las matas, escuchando sus explicaciones sobre la fecundación de la papaya, he sentido envidia sana por estos alumnos que tienen tan buenos maestros, entregados de corazón a su trabajo y a sus muchachos. Y esto no es habitual en Guatemala. Es un nuevo don con el que el Señor ha querido bendecir este humilde proyecto insertando en él, semillas de la más preciosa pedagogía marianista. Sobre ella, hemos hablado y compartido con ellos en distintas ocasiones, queriendo enriquecernos una vez más, mutuamente, con esta experiencia educativa de los maestros de Las Conchas y nuestra tradición marianista. Y es que nuestro Instituto es considerado ya en la zona, un modelo experimental al que se mira con admiración.

Para noviembre de este año, la primera promoción del Instituto de Las Conchas finalizará sus tres cursos del Básico y obtendrán la titulación correspondiente. Esto presenta un reto importantísimo por delante. La mayoría de los chicos y chicas desean continuar estudiando en el grado siguiente: el “Diversificado”, equivalente a nuestros módulos formativos de grado medio. Han estudiado la especialidad que les gustaría hacer y el costo que les supondría. Se trataría de un peritaje agrícola pero la realidad es que les resulta imposible a la mayoría afrontar su coste, y desplazarse a la ciudad. Para ellos es fundamental estudiar y trabajar al tiempo en sus comunidades. Es cuestión de supervivencia. La gran posibilidad, su sueño, es que el Instituto de las Conchas ofreciera un diversificado. Este es el deseo profundo de estos muchachos, algunos ya con 20 años, casado y con hijos que cuando en clase y fuera de ella, me explicaban con serenidad todo esto, me emocionaban por dentro y me empujaban a luchar con todas mis fuerzas porque el DIVERSIFICADO sea posible. Este es el gran reto actual del programa educativo del proyecto.

El segundo desafío y oportunidad es aprovechar ese precioso ámbito del Instituto de las Conchas para convertirlo en un lugar de educación en la fe para los jóvenes de la zona, en donde en coordinación con parroquia (a más de dos horas en coche de la comunidad) y catequistas, organizar la preparación para la Confirmación y en algunos casos, incluso para la primera comunión. Mi hermano Oscar y yo, sondeamos entre los chicos cuál era su inquietud en este punto y si estarían interesados en iniciar un camino de este tipo. ¡Por supuesto que estaban interesados! Estamos hablando de un pueblo profundamente religioso donde Dios ocupa el lugar primero siempre. Pero la educación en la fe e incluso la preparación para los sacramentos quedó parada. Era fundamental salvar la vida. Hasta 1998 no se firmaron los Acuerdos de Paz y sólo entonces pudo comenzarse a vivir con un mínimo de tranquilidad y asentarse de nuevo en la tierra. Por otra parte, la presencia de sacerdotes es escasísima. Tres religiosos atienden la parroquia de la ciudad a la que pertenece toda la zona cuya dimensión es inmensa y la accesibilidad muy difícil (mitad en coche, mitad a pie). Por todo ello, durante nuestra estancia, un gran número de catequistas de la Alta Verapaz se congregaron en Las Conchas para estudiar entre otras cosas esta posibilidad, que por ahora es, como decía, reto, desafío, campo de labor puramente evangelizador y eclesial, cuidado pastoral de esta buena gente. Y para eso, también nos llamaron a Las Conchas a través de Monseñor Flores hace ya unos años. Una noche, cenando en casa de una de las familias, sobrecogidos por la capacidad de acogida y generosidad de quienes te dan lo poco que

tienen para agradecer la presencia entre ellos, Avelino, uno de los hijos que está en el último curso del Básico, nos decía: “me gustaría tener una Biblia en castellano. Tengo sólo el Nuevo Testamento en quetchí. La Palabra de Dios es lo más importante para la vida.” En ese momento la cuchara con los frijoles se me quedó parada entre el cuenco y la boca y se me erizó el cabello. Era como escuchar en directo al salmista: “lámpara son tus palabras para mis pasos, luz en mi sendero...” Esta es la fe de este pueblo. No se quien se emocionó más, si él o yo cuando a la semana siguiente, le pudimos regalar la más reciente edición de la Biblia didáctica. Al sábado siguiente nos acompañó a La Sultana a celebrar la eucaristía. Y mientras caminaba con él, y hablaba con el poco resuello que dejaba el calor y las cuestas, pensaba para los adentros: ¡cuánto trabajo de pastoral juvenil como campo virgen tenemos aquí delante! ¡Cuántos esfuerzos los nuestros por dar de beber a saciados y cuantos sedientos deseosos de que alguien camine con ellos y les lleve agua viva!

Muchas más cosas podría contar sobre estos jóvenes que en las tardes se acercaban por casa a charlar, a preguntarme mil cosas y de los que me costó mucho despedirme; jóvenes con los que organizamos en un hermosísimo campo de fútbol entre montañas, segado a mano y machete por las tres clases, el Primer Torneo Chaminade de Las Conchas, en una jornada de domingo intensa, viva. Profes, alumnos, gentes de las comunidades bajaron a disfrutar del mejor fútbol de la contornada de estos muchachos que hacen más digno si cabe el color amarillo de las elásticas del equipo cadista. Son los rostros de la hombres y la mujeres del futuro de estas comunidades en las que hay una semilla pequeña, humilde y escondida de lo marianista. Y esto nuevamente es un don de Dios.

El desafío de acompañar a la mujer

Muy temprano, a las 5:30 de la mañana, el molino de Las Conchas que está junto a nuestra casa se une al canto de los gallos, para dar noticia de una jornada que comienza tomándole la delantera al sol. Desde la puerta, veo pasar a mujeres cargadas con barreños de maíz sobre la cabeza. Es momento de comenzar a preparar el alimento básico de la familia: las tortillas. Alimento para el marido que va al campo a trabajar, para los hijos que van a la escuela, para los más pequeños que corretean por la comunidad. Mujeres jóvenes a las que asalta rápido el peso de la edad por la carga del duro trabajo, por tantas preocupaciones a la espalda. Mujeres que viven en el anonimato de la casa, sin relevancia social, en la mayoría de los casos, sin conocer el castellano. Mujeres de una fe sin fisuras. Mujeres sin oportunidades para la formación. A ellas quiere dirigirse el programa de costura en el que también participan algunos hombres de las comunidades.

Cada jueves y viernes, unas 50 mujeres vienen caminando durante horas desde sus casas para aprender a coser, y aprovechando la circunstancia, recibir una capacitación que les hace conocer su país, instituciones, adquirir una cultura básica, comenzar a manejar el castellano, y encontrar un espacio distinto al de las duras tareas del hogar en el que se sienten apreciadas y valoradas. Al final de su aprendizaje desarrollado en tres cursos tendrán un título reconocido por la Autoridades de la formación recibida. Magda, guatemalteca y cobanera, la mujer de Rafa Luna, coordina el programa junto con un monje benedictino de la ciudad. Dos jóvenes se capacitan para ser ellos mismo profesores del taller, y un comité de alumnos revisa periódicamente el

funcionamiento. Y es que el sentido de la tarea comunitaria en la Verapaz es muy fuerte.

Durante la estancia en Las Conchas, Antonio detectó en su reconocimiento y atención médica a los niños, la necesidad de iniciar un programa de educación a la higiene y la maternidad para las madres que están embarazadas. Esta actividad de carácter preventivo es una nueva tarea, un nuevo reto a afrontar por el Proyecto que hará mejorar la salud de los niños dentro de las condiciones posibles de la zona, donde no existe agua corriente ni luz eléctrica en las casas, y en donde la leche, más allá de la que proporciona la madre, es un producto desconocido. Compartiendo la vida con ellos, haciendo vida en aquella tierra colorada de hombres y mujeres sonrientes a pesar de los pesares, los campos de trabajo, las necesidades a atender, las nuevas iniciativas a emprender junto a ellos, “timil timil” (poco a poco) como suelen repetir en su lengua se multiplican y hacen renacer el sentido de la presencia y el apoyo a un proyecto realmente hermoso y muy querido por las gentes de allá.

La satisfacción de servir al Pueblo de Dios que quiere celebrar la fe

Los pobres nos evangelizan. Muchas veces he recordado esta frase en los días en Guatemala. Una de las experiencias más profundas, vividas en este mes, ha sido la de nuestras visitas a algunas de las comunidades que están en torno a Las Conchas para celebrar la eucaristía, bautizar a los niños, atender a los enfermos y compartir techo y pan con ellos en la humildad entrañablemente acogedora de sus hogares. La Sultana, Zapotal, Cuspemech,... lugares a donde sólo se accede tras alguna que otra hora de camino, a veces entre la maleza, casi siempre montaña arriba y con barro en abundancia; entre el calor sofocante o la lluvia impenitente. Lugares en los que se celebra la eucaristía una vez cada año, o cada dos, tres, y así hasta ocho. Lugares donde la fe es animada por catequistas, verdaderos líderes de la comunidad, que celebran la palabra, bajan a la ciudad cada cierto tiempo para recibir formación en la parroquia y son el alma de la Iglesia en aquellos parajes de nuestro mundo tan lejanos, tan dejados, tan últimos. Hombres que se jugaron la vida por el evangelio en los peores tiempos de la Guerra Civil, que tuvieron que enterrar sus biblias bajo tierra para salvar el pellejo, y pese a todo, ahí siguen, faenando, formándose, sosteniendo a su pueblo. ¡Qué Dios os bendiga! Lugares donde hay hambre de la presencia de Cristo en la eucaristía, de la atención pastoral a las alegrías y penas de la vida del poblado, donde los enfermos vienen a pedir, como en tiempos de Jesús, la oración y la bendición sanadora para toda la familia, dejándote erizada la piel y el corazón en un puño. “Hombre de poca fe”, me he repetido tantas veces para mis adentros. Lugares en donde la misa es una fiesta y en donde nos piden nuestra ayuda para adecentar y dignificar el lugar de oración de la comunidad, en ocasiones, cuatro cañas cubiertas de palmas y revestidos de flores casi tan bonitas como la monja blanca, pero sobre todo vestidas de un cariño desmedido. ¿Por qué no ayudar a construir físicamente esta Iglesia con pequeñas capillas que cooperen a mantener viva esta Iglesia hecha de piedras vivas, humanas y sufrientes? En ello se está... y esa es su petición cada vez que visitamos sus comunidades.

Más de una vez he tenido que evitar las lágrimas celebrando mis primeras eucaristías en lugares tan remotos. Muchos pensamientos y sentimientos me han asaltado: tan lejos, tan distantes y viviendo la misma fe en Jesús, hermanos y hermanas mías. Agasajado por sus atenciones, me he preguntado: ¿por qué? Soy yo quien estoy en deuda con vosotros por abrirme la puerta de vuestros hogares, por acogerme en vuestra

Iglesia, por hacerme despertar a tantas cosas esenciales y ayudarme a descubrir en profundidad el sentido del ministerio: servidor de la comunidad en medio de la vida de las hombres y mujeres del pueblo. Os aseguro que no soy deportista. Algunos me conocéis bien. He sudado lo indecible y el barro me llegado hasta la boca por cuestas y senderos llenos de lodo. Pero, ¡cuánto ha merecido la pena,... y con cuántas ganas me he quedado de visitar más comunidades compartiendo la mesa del Señor, y el caldo de chunto con tortillas, sentado junto con los paisanos sobre banco de madera, rodeado de pollos, patos, perros, pavos y toda una realidad enormemente ajena a mi, y sin embargo capaz de alcanzar el corazón y hacerse familiar en muy poco tiempo! Ellos están allá, lejos, muy lejos, al otro lado del Atlántico, en la tierra de la Verapaz, entre bosques y maizales, a horas de coche de lo que llamamos civilización. Pero cada vez que celebro la eucaristía en esta tierra nuestra, urbana y cada día más fría al mensaje del Evangelio y a la experiencia de Dios, los recuerda y me abrazo a ellos como hermanos queridos, pidiéndole al Señor que les ayude y proteja en todas sus luchas y en la dureza de sus vidas.

La semilla de una incipiente Comunidad Laica Marianista

Cobán es la ciudad, punto de referencia y sostenimiento de muchas de las actividades realizadas en Las Conchas. Es el lugar donde vive Rafa Luna, el hombre que un día dejó las clases en San Felipe Neri para poner toda su vida al servicio de este proyecto marianista. Es la ciudad de su familia: Magda, Diego Rafael, el patojito que les nació hace tres meses y todo el clan cobanero que conforma la gran familia del gaditano que ha echado raíces allá, y que está sosteniendo y coordinando un proyecto que cada día, como él mismo, es más guatemalteco, autóctono, encarnado en la realidad de la tierra. En Cobán está la residencia de Don Rodolfo Valenzuela, obispo de la diócesis con quien compartimos la jornada de la fiesta del patrón, Santo Domingo. De él recibimos el apoyo y el aliento de esta Iglesia local con la que estamos compartiendo una historia de abrazo y comunión. Es también la capital de la región, el lugar de las gestiones ante la municipalidad, las diversas autoridades, la actividad financiera, bancaria y contable, en la que Alvaro Pacay, el gestor del proyecto allá, realiza una labor seria y profesional. Es la ciudad donde viven nuestros profes la mitad de la semana, donde está ubicada la Parroquia del Calvario, de la que depende Las Conchas, y es finalmente el lugar donde se va tejiendo una solida red de amistad. Gente con la que vamos mezclando vida, preocupaciones, tareas y que son el rostro de la acogida. La familia de Rafa, el padre Sergio y toda la gente que colabora en el Proyecto Esperanza en un barrio de la periferia de Cobán y en el basurero de la ciudad y los jóvenes de la parroquia de San Martín con quienes fueron trabando amistad los primeros desplazados a Guatemala, cuando el proyecto se iniciaba.

Y, ¿por qué cuanto todo esto? Porque en Cobán lo marianista es ya una pequeña realidad, una red de personas que forman parte de la FMG (Familia Marianista Guatemalteca) y que en este verano han dado un paso importante. De entre todos ellos, un grupito de unas doce personas, liderados por Rafa han iniciado lo que quiere ser la primera Comunidad Laica Marianista de Cobán. Cada sábado por la tarde, en el tiempo en que hemos estado con ellos, nos hemos reunido juntos aprovechando la presencia de cuatro miembros de Fraternidades en la expedición. La mecha está prendida y ojalá, con su perseverancia, esta semilla crezca y de fruto. Esto es otro regalo, otro paso más en el camino de afianzamiento del proyecto. En la incipiente comunidad hay miembros de la

familia de Rafa, profes del básico de Las Concha, algún catequistas y amigos de la parroquia en Cobán. Ha sido un regalo ver como prende la chispa del carisma marianista en nuevos corazones y esto es fruto de cuantos en estos tres años habéis pasado por allí, y de la pasión de Rafa por implantar en Guatemala la Familia Marianista.

Compartir un sueño que crece y se hace realidad

A lo largo de estos años, he seguido con atención la historia y vicisitudes de un proyecto que se ha abierto paso con muchas dificultades de todo tipo. Siempre que he podido he tratado de animar, alentar, limar diferencias y acercar posturas. Deseaba estar allí, sentir, tocar, y dejarme afectar por la realidad de Las Conchas-Verapaz. El encuentro con las personas, descubrir las historias que hay detrás de cada nombre y cada rostro, tomar conciencia con objetividad de lo que está suponiendo aquella colaboración y presencia en la “tierra colorada” para hombres, mujeres, niños y sobre todo para los jóvenes, me ha entusiasmado, me ha hecho vibrar, y recordar que el Evangelio se hace más creíble cuando se hace real el sueño de Dios contado por Jesús: que los hombres tengan vida y vida en abundancia. Al menos, se trata de empezar por lo primero.

Si comenzaba hablando de esa rara orquídea del corazón de la montaña verapacense, la monja blanca, partiendo de la realidad de los hombres y mujeres, en su inmensa mayoría guatemaltecos, que hoy animan, trabajan e impulsan el proyecto, y del potencial humano de los jóvenes de la zona, quiero terminar presentando otro elemento natural que identifica a Guatemala: la CEIBA. Nunca he visto un árbol de tronco tan recto y robusto, y de altura semejante buscando tocar el cielo. El ejemplar más impresionante pude contemplarlo en Tical, a las puertas de las más sorprendentes ruinas mayas. Ante su presencia se siente la seguridad de lo bien asentado, arraigado profundamente a la tierra, lleno de una rica vida interior; algo que no es, ni mucho menos, flor de un día. Así intuyo el futuro del proyecto Las Conchas-Verapaz. Nuestra ayuda, nuestro apoyo, compartir los esfuerzos de quienes lo impulsan desde España y quienes lo hacen carne al otro lado del Atlántico, puede aunarnos en una misión de familia hermosa, evangelizadora, pequeña y transformadora de la vida de hombres y mujeres que se sienten enormemente agradecidos porque la Familia Marianista camina con ellos. En la belleza del humilde presente hay semillas de un futuro robusto. A ti, hermano te traigo, la monja blanca y la Ceiba como pequeño regalo de mi estancia en tierras centroamericanas. Te las traigo como iconos del presente y futuro de un proyecto que personalmente ha enriquecido mi experiencia de vida marianista. Gracias por tu paciencia. Cuando quieras, continuamos el diálogo.